

El listón

“Ciento veinticuatro faltas en un trimestre; bueno, al profesor de ingles lo mandamos al manicomio; y yo no era el peor. En cuanto cumplí los 16 años no volví a aparecer por el instituto. Mi padre trabajaba en Madrid. A mi madre, ni caso. Me fui de aprendiz con mi tío. De esto hace ya tres años... Una auténtica cárcel, eso era el colegio. Los profesores, desde siempre, lo único que sabían hacer conmigo era castigarme. Los últimos años la de ellas que monté; sólo podían sospechar de mí, nunca me pillaron; no aprobaba ni una pero al menos me divertí. Andrés, que también trabaja ahora conmigo, no veas como se las gastaba; no sólo consiguió que no le pillaran sino que pasaba por ser un santo. Ya que estábamos allí, algo había que hacer.”

Había conseguido que una pequeña empresa familiar me hiciese las chapuzas en la casa del pueblo que, año tras año, se iban retrasando. Oscar, con un inmigrante como ayudante, había hecho casi todas las reformas. Su tío se limitaba a supervisarlas.

Con apenas diecinueve años era un auténtico profesional de la paleta, arte difícil (si no te lo crees, inténtalo). No se arredraba con la electricidad; algún problema quizá con la calefacción... Su hobby, las motos; no fumaba, alguna lata de coca-cola por el suelo. Se le veía feliz.

Ante la mirada sincera y decidida de Oscar, me resultó imposible argumentar ninguna defensa del sistema escolar vigente. Tenía su razón, ¿la razón?

No bastaría con bajar el listón de los conocimientos. No iniciaría nunca la carrera necesaria para saltarlo. Estaba de espaldas. ¿Cuánto óscares hay?

Ceferino Alonso / Teruel